



Un acontecimiento olvidado de la Independencia: la masacre de extranjeros pro patriotas en el Callao (1820)

Renán Daniel Campero Paredes¹

Sumilla

El objetivo de este trabajo es sacar del olvido, a través de la revisión de fuentes contemporáneas a los hechos e investigaciones historiográficas, este interesante acontecimiento en el marco de la independencia de nuestro país y reflexionar sobre la participación de las masas populares, en conjunto con el gobierno virreinal, en la llamada Masacre del Callao de 1820, intentando determinar si dicho evento fue el resultado del fidelismo de la población chalaca en la época estudiada.

Palabras clave: participación popular, independencia, Callao, realistas.

A forgotten event of the independence: the massacre of pro-patriot foreigners in Callao (1820)

Abstract

The aim of this work is to remove from oblivion, by reweaving contemporary sources to the facts and historiographical researches, this interesting event in the framework of the independence of our country and to reflect on the participation of social actors and the masses, along with the viceregal government in the so-called Callao Massacre of 1820, trying to determine if that event was the result of the fidelism of the Chalaca population at the time studied.

Keywords: popular festival, independence, Callao, royalists.

¹ Licenciado en Historia, Universidad Nacional Federico Villarreal, Lima. Correo electrónico: renan.campero@unmsm.edu.pe

Citar como: Campero, R.D. (2023). Un acontecimiento olvidado de la Independencia: la masacre de extranjeros pro patriotas en el Callao (1820). *Revista del Archivo General de la Nación*, 38: 129-141.
DOI: <https://doi.org/10.37840/ragn.v38i1.156>.

Introducción

Entre las efemérides por el bicentenario de la independencia del Perú existe una que no fue incluida entre los acontecimientos a conmemorar y, al cual, vamos a dedicar este pequeño estudio por ser algo incómodo al discurso oficial. La celebración de estos casi doscientos años de vida independiente nos ha dejado, además, un verdadero boom de publicaciones y ediciones conmemorativas sobre el proceso independentista, tanto impresos como digitales, dentro y fuera de nuestro país. Sin embargo, casi ninguno se ocupa de este acontecimiento, lo cual evidencia una de falta de perspectiva sobre dicho evento.

Se trata, pues, del asesinato de al menos seis marineros de las naves neutrales, inglesas y norteamericanas a manos del “pueblo”, del “populacho” o la “plebe” del puerto del Callao como respuesta a la captura de la fragata realista «Esmeralda» por un intrépido oficial inglés junto a sus marinos. Dicho acontecimiento se dio en la mañana del 6 de noviembre de 1820.

La Independencia, contexto histórico

Después de la victoria independentista en Maipú, Chile, era claro que José de San Martín invadiría el Perú tan pronto como le fuera posible. El virrey Joaquín de la Pezuela se apresuró a reclutar nuevas tropas entre la plebe y el campesinado locales, y a combatir el afán separatista que comenzaba a hacerse popular en el Perú. Tuvo poco éxito en ambos esfuerzos. Así, en noviembre de 1818, casi dos años antes de que el Ejército Libertador desembarcara en la bahía de Paracas, escribió al gobierno en España sobre la poca confianza que tenía en la fidelidad de la plebe, de los indios y mestizos especialmente, pues no eran favorables a la causa realista, como tampoco los esclavos, cuya actitud era “abiertamente decidida por los rebeldes, de cuya mano esperan libertad” (Anna, 2003: 202). Dentro del ejército, las deserciones eran “escandalosas, continuas, e inacabables”, y tan numerosas que en pocos días se perdieron batallones enteros (Pezuela, 1947: 805). Mientras tanto, en Lima, las conspiraciones se estaban generalizando, tanto entre las élites como en los estratos medios y bajos.

El 10 de setiembre, la expedición de San Martín, compuesta por cuatro mil quinientos hombres entre argentinos, chilenos y algunos peruanos, con nueve fragatas y dos naves más pequeñas, desembarcaba en Paracas e instalaba su cuartel general en el puerto de Pisco (Anna, 2003: 213). Solo seis días antes, el 4 de setiembre, el virrey recibió la orden oficial de proclamar la Constitución doceañista a causa del triunfo de la revolución liberal del general Rafael del Riego en la península, el cual se pronunció en contra del envío de las tropas a su mando a América y sí, en cambio, a favor de la restauración de la Constitución de Cádiz.

El 11 de setiembre, y siguiendo las directivas del nuevo gobierno en Madrid, el virrey envía una propuesta de armisticio a San Martín, explicando que la Constitución estaba a punto de establecer las reformas políticas buscadas por los insurgentes (Pezuela, 1947: 758). Dichas negociaciones fueron realizadas durante la última semana de setiembre, suspendiendo las hostilidades hasta el 4 de octubre en el, entonces, pueblo

de Miraflores (Anna, 2003: 214–215). San Martín insistió en incluir el requisito de la independencia peruana en toda posible fórmula de compromiso, llegando a esbozar su propuesta de coronar a un príncipe español como rey de un Perú independiente, en tanto los delegados de Pezuela solicitaban el reembarque de la “expedición chilena” y el envío de representantes a las Cortes en Europa. De este modo se llegaría a un “impasse”, por lo cual las negociaciones concluyeron con el rechazo definitivo de San Martín a las condiciones propuestas por los representantes del virrey. Los representantes de aquél fueron el rioplatense Tomás Guido y el neogranadino Juan García del Río, siendo los del virrey el peninsular Dionisio Capaz, y los criollos José González de la Fuente, IV conde de Villar de Fuentes, e Hipólito Unanue, quien actuó como secretario de su legación. Curiosamente, los dos últimos se convirtieron luego en miembros del gobierno protectoral.

Proclamada por segunda vez la Constitución de 1812 entre los días 15 y 17 de setiembre (Pezuela, 1947: 763), la respuesta de la población fue, sin embargo, de indiferencia, la cual parecía augurar el pronto fin de la administración virreinal. Como describe el virrey en su memoria, solo algunos miembros de la plebe, animados por el dinero, se prestaron a la pantomima:

No se oyó un ¡Viva! ni la menor demostración de alegría hasta que en la Plaza de Santa Ana, el Oidor Osma tiró a la multitud de Negros y Zambos que seguían a la comparsa, un puñado de plata, y esto les avivó y gritaron con algunos vivas para ver si se les hechaba más plata, pues ni esta gente ni los más principales ni de otra clases manifestaron ni regocijo ni repugnancia en el acto; parecía y lo creí así que todo les era indiferente (Pezuela, 1947: 763).

Sobre el 17 de setiembre, día en el cual se tomó el juramento de la otrora añorada “Pepa”, el virrey comentó nuevamente en su memoria sobre la falta de interés ya no solo de la población sino la de él mismo, al negarse a salir al balcón a recibir a la plebe que presumía pagada:

[...] se presentaron Valleumbroso, García Camba y Bazo, con otros muy pocos, capitaneando una multitud de Negros y Zambos con achas encendidas gritando: ¡Salga el virrey al balcón y viva la Constitución!, pero se retiraron, y no hubo novedad aunque estaban calientes y salieron del café (Pezuela, 1947: 764).

Llama la atención tanto la mención de estos tres oficiales, uno de ellos limeño y noble (Valleumbroso), y peninsulares los otros dos, además de figurar entre los más adictos al sistema constitucional en el ejército realista, como la noticia de que al menos parte de la plebe, algo enardecida, apoyó la Constitución gaditana aunque bajo la sospecha de ser comprada. La aparición del “café” como el lugar de donde salieron los “agitadores” y sus prosélitos, también es curiosa².

Poco después, y desde Pisco, ordena San Martín la famosa primera expedición a la

2 Para apreciar el carácter del café colonial tardío y su influencia en la plebe, véase Chuhue, 2013.

sierra al mando de Juan Antonio Álvarez de Arenales la cual, antes de trepar a los Andes, ocupa Ica y derrota en Nazca a una partida del coronel Manuel Quimper (14 de octubre), reembarcando la Expedición Libertadora poco después hacia Ancón. Con estas acciones, quedaban claras las intenciones del correntino, las mismas que expuso en una carta a O'Higgins fechada el 13 de octubre:

Arenales debe ponerse a caballo sobre Jauja y comunicarse conmigo por el norte. Yo debo reembarcarme para atacar al norte de Lima, sublevar las provincias de Huaylas, Huánuco y Conchuchos, de cuya decisión estoy perfectamente disuadido. Mi objeto en este movimiento es bloquear a Lima por la insurrección general y obligar a Pezuela a una capitulación, sin desatender al mismo tiempo el aumento del ejército y la subyugación de la intendencia de Trujillo. Casi puedo asegurar que este plan dará los mejores resultados y que si se verifica, Lima estará en nuestro poder (Dellepiane, 1931: 480).

Como podemos ver, los planes de San Martín se cumplieron casi a la perfección. La expedición de Arenales tuvo mucho apoyo popular y, finalmente, casi toda la Intendencia de Trujillo se sublevaría en diciembre, encabezada por el marqués de Torre Tagle. Mientras tanto, la escuadra independentista nuevamente levó anclas e hizo una demostración de fuerza frente al Callao, continuando luego hasta Ancón, a solo treinta y seis kilómetros de Lima. Es en este contexto que la marina independentista captura la nave de guerra «Esmeralda».

La captura de la «Esmeralda»

Se trataba de una fragata española de cuarenta y cuatro cañones botada en el año 1791 en las islas Baleares, la cual zarpa de Cádiz con destino a la entonces Capitanía General de Chile, el 6 de mayo de 1817, con la misión de apoyar en la lucha contra los independentistas. En 1818, toma parte en el bloqueo de Valparaíso, luego de la batalla de Maipú, dirigiéndose al aun entonces “fiel puerto” del Callao.

Luego de la llegada de la Expedición Libertadora al Perú, la escuadra, comandada por el británico almirante Thomas Cochrane, intenta capturar a los buques españoles, los cuales deciden adoptar una postura defensiva al amparo de las baterías de nuestro primer puerto, acometiendo Cochrane por tercera vez a un bloqueo del Callao el 30 de octubre.

Tras fracasar en una tentativa anterior de capturar el mismo buque en Chile, Cochrane decide hacerlo en la rada del Callao bajo los mismos cañones del Real Felipe, aprovechando la presencia en el puerto de dos naves neutrales (inglesa la una y estadounidense la otra), las cuales estaban rodeadas por dos bergantines artillados realistas (el «Pezuela» y el «Maipú»), dos filas circulares de veintiséis lanchas cañoneras y diversos obstáculos compuestos por maderos unidos por cadenas metálicas que apenas dejaban una angosta entrada. Para lograr su objetivo, ordenó que durante el día la escuadra suspendiera temporalmente el bloqueo y se retirara mar adentro, de tal modo que no fuera posible verla desde la costa, dejando solo a la fragata «O'Higgins» en la cercanía de la isla de San Lorenzo.

El abordaje por sorpresa fue ejecutado por ciento sesenta marinos junto a ochenta

infantes de marina, chilenos y británicos, embarcados en catorce botes y divididos en dos columnas al mando de los oficiales Martin Guisse y Thomas Crosbie; con este último iba Cochrane vestido de blanco al igual que todos los tripulantes y llevando pistola, hacha de abordaje, puñal y lanza corta. Todo comenzó a las diez de la noche, el almirante había ordenado guardar el mayor silencio y no hacer uso más que del machete, de manera que como los remos iban vendados con telas y la noche era providencialmente oscura, los realistas no tenían la menor sospecha del peligro que les esperaba. El aventurero conde escribe en sus memorias:

Era exactamente media noche cuando llegamos a la pequeña abertura dejada en la barra. Poco faltó allí para que todo se frustrase por la vigilancia de un guarda-costa, contra el cual tropezó felizmente mi embarcación. Al instante nos echaron el quién vive, al cual respondí a media voz, amenazando matar al punto a cuantos había en el bote si daban la más pequeña señal de alarma. A esta amenaza no hicieron resistencia y en pocos minutos más, nuestros valientes se hallaban formando una línea al costado de la fragata y abordándola al mismo tiempo por diferentes puntos. Los Españoles fueron enteramente cogidos por sorpresa, hallándose todos, excepto los centinelas, durmiendo en sus cuadras. [...] Se retiraron al castillo de proa y allí hicieron una sostenida defensa, siendo necesario darles una tercera carga para ganarles la posición (Cochrane, 1863: 102).

El ataque siguió por algún tiempo en el alcázar del buque, en donde los realistas resistieron algo más de tiempo, mientras que el resto de la marinería saltó al mar o huyó a la bodega (donde eventualmente se rendiría) para librarse de lo que era una verdadera carnicería humana, debido al tipo de arma empleada. El propio almirante quedó herido en este intrépido ataque, relatando el mismo las circunstancias de dicho suceso:

Al abordar la fragata por las amarras principales, el centinela me dio un culatazo que me tiró de espaldas y dando sobre un toleto del bote, la punta me entró por la espalda junto al espinazo, causándome una grave herida, de la cual sufri después por muchos años. Poniéndome al instante de pie volví a subir sobre el puente, y allí volví a recibir una herida en un muslo, pero atándomela con un pañuelo, pude, aunque con mucha dificultad, dirigir el ataque hasta el último (Cochrane, 1863: 103).

Toda esta refriega no duró más que un cuarto de hora, teniendo los independentistas once muertos y treinta heridos, en tanto los realistas tuvieron ciento sesenta muertos, muchos de los cuales cayeron bajo el machete de los patriotas antes que pudiesen correr a las armas.

El tumulto y el ruido alarmó pronto a la guarnición del puerto, la cual, desesperada, se precipitó sobre sus cañones, comenzando a disparar contra su misma fragata. Así sucedió que muchos marinos realistas cayeron muertos y heridos por los tiros de la fortaleza, contándose entre ellos el propio comandante de la «Esmeralda», el peninsular Luis Coig, quien después de estar prisionero recibió una fuerte contusión de una bala de su propio ejército (Cochrane, 1863: 104). Sin embargo, el fuego de la fortaleza fue parcialmente neutralizado recurriendo un método ingenioso pero controversial.

Como ya anotamos, durante la refriega se hallaban presentes dos barcos de guerra extranjeros, la fragata «Macedonia», de los Estados Unidos, y la fragata inglesa «Hyperion». Los capitanes de estas naves habían convenido de antemano con las autoridades virreinales que, en caso de un ataque de noche, alzarían teas con luces particulares como señales para que no se les hiciera fuego. El almirante Cochrane estaba enterado de dichas medidas gracias a la colaboración y simpatía de parte de la oficialidad de dichas embarcaciones foráneas, así fue que, en el momento en que las fortalezas comenzaron a disparar sobre la «Esmeralda», los independentistas levantaron iguales luces, de modo que los artilleros se encontraban perplejos y dubitativos sobre a qué buque hacer fuego. Por esta causa, la «Macedonia» y la «Hyperion» recibieron algunos balazos, quedando la «Esmeralda» comparativamente casi intacta. Con esto, las fragatas neutrales cortaron sus cables y se retiraron seguidos de la capturada nave. La fortaleza cesó, entonces, de hacer fuego.

La colaboración de los marinos extranjeros en la captura

Según el propio Cochrane, no recibió un apoyo más que moral por parte de algunos de los tripulantes de la nave de la marina británica «Hyperion» e, incluso, se enfrentó a la hostilidad de su capitán al considerarlo pirata. Cochrane (1863: 107-108) refiere una curiosa anécdota después de la captura:

Un guardiamarina, que estaba mirando con otros por un portalón, no pudiendo reprimir sus sentimientos de verdadero inglés, palmoteó en señal de aprobación al ver como nuestros valientes hacían salir al enemigo del castillo de proa. Después supimos que se le había hecho bajar inmediatamente por orden de su comandante el capitán Scarle, amenazándole de ponerle arrestado. Tal era el modo de sentir de un comandante inglés hacia mí.

Como contraste, antes del abordaje, el almirante Cochrane (1863: 108) recibió el apoyo del navío norteamericano Macedonia:

Cuando los botes se iban acercando a la Esmeralda, de la fragata inglesa se echó a cada uno el quién vive, con la intención manifiesta de alarma al enemigo, lo cual habría sucedido si no hubiesen estado descuidados a causa de la estrategia mencionada [la de los faroles], de haber hecho salir a nuestros buques de la bahía. Muy diferente fue la conducta del comandante de la fragata Macedonia de los Estados Unidos, cuyos centinelas no nos echaron el quién vive, diciéndonos los oficiales al pesar y a media voz: Les deseamos feliz éxito.

Como se puede apreciar, Cochrane sí recibió un apoyo por parte de los navíos neutrales, lo cual se evidencia no solo por el testimonio antes citado sino, también, por la información sobre las teas con luces como señales, información que sólo puede haber salido de la alta oficialidad de los buques antes mencionados.

La masacre

Cuando la noticia del ataque y la pérdida de la «Esmeralda» se difundió en el Callao a la mañana siguiente, los habitantes del puerto expresaron su furia contra los extran-

jeros, atacando a todos los foráneos que pudieron encontrar en las calles del pueblo, incluyendo a la tripulación de las naves de la real marina británica «Hyperion» y «Andromache», y de la nave de guerra «Macedonia» de los Estados Unidos. El primer testimonio que se tiene del incidente es el oficio dirigido al virrey Pezuela por el capitán del puerto del Callao, Fernando Camuñez:

[...] *conmovido el Pueblo y entre ellos 3 o 4 soldados, contra el Bote de la Fragata de Guerra “Macedonia” con una multitud de piedras que tiraban al bote muchachos, mujeres y hombres sin que bastase mis gritos y de mi Ayudante a contener el Pueblo indignado por estar creído que la perdida de la Fragata de Guerra nuestra “Esmeralda”, han sido la causa la dicha Americana y la Inglesa “Hyperion”, jurando la muchedumbre acabar con cuantos extranjeros se presenten en este Puerto*³.

Como observamos aquí, en el motín participaron tanto soldados como parte de la “plebe” del puerto. Camuñez informa, además, sobre su intento de salvar la vida de algunos de aquellos marineros, probablemente con el fin de ahorrarle un problema diplomático a la metrópoli:

[...] *me dieron parte de una multitud de Extranjeros de los Buques fondeados en Bahía, que se hallaban a Pelotones en diferentes casas, como en efecto encontraron [la turba] en bastante número, que condujeron al Arsenal y de allí al Castillo de la Plaza luego que abrieron las puertas. [...] sin poder averiguar el número que traía o los que perecieron, por la confusión de gentes de todos sexos que se agolparon a acabar con aquellos, y que con mucho trabajo pude libertarles la vida*⁴.

El virrey narra, también, la acción en su memoria mencionando la defensa de los extranjeros, omitiendo la intervención de la soldadesca, pero incluyendo la defensa armada de los marinos:

[...] *el pueblo con armas, piedras y del modo que pudo, se hechó sobre quanto Extranjero halló para asesinarlo, como lo hubiera logrado si la Tropa destinada a apaciguar el motín no hubiera acudido tan pronto: sin embargo, mataron algunos cuyo número no se pudo averiguar: pero según informes ascenderían a 14 o 16 y diez heridos, entre ellos un Guardia Marina y cinco marineros de la “Macedonia”, y 27 aprehendidos dentro del pueblo por las patrullas q[ue] los livertaron y a quienes hallaron con armas muchos de ellos y aun tirando pistoletazos (Pezuela, 1947: 797).*

Como anotan Camuñez y Pezuela, no se pudo averiguar el número de muertos a causa de la confusión. Sin embargo, más adelante, el virrey estimó entre catorce y dieciséis los fallecidos, incluyendo dos del «Macedonia» y cinco de las naves británicas (Pezuela, 1947: 797). Otra fuente, sin embargo, sostuvo la muerte de sólo seis o siete

3 “El capitán del puerto del Callao da parte de lo acaecido en la mañana del 6 con motivo de haberse sacado los enemigos a la fragata «Esmeralda» por cuya causa creyó el pueblo que los extranjeros auxiliarían a aquella” (nov. 6 de 1820). En: De la Barra, 1971: 183-184; p. 184.

4 Ibídem.

extranjeros (Anna, 2003: 218). La declaración de otro contemporáneo a los hechos no se aleja demasiado del relato de Camuñez y Pezuela añadiendo claro está la nota de indignación:

La población del Callao estaba exasperada por la captura de la fragata y como su orgullo no le permitía confesarse vencida, prefirió darse por traidor y al día siguiente la tripulación del bote de provisiones de la fragata La Macedonia, bajo la vaga y falsa acusación de haber ido en socorro del almirante Cochrane, fue cruelmente masacrada (Lafond de Lurcy, 1971: 160).

Sin embargo, Gaspar Rico, en su periódico *El Depositario*, trató de justificar los hechos realizados por la plebe chalaca y los soldados en los siguientes términos:

[...] hemos oido decir que uno de los marineros ingleses de la referida corveta [que] desembarcaron a provocar nuestra gente mar [...] donde el gobierno no castigue o contenga los insultos de advenedizos, los contenga y castigue el pueblo ofendido e insultado⁵.

Poco tiempo después Pezuela (1947: 798) también justificó la actitud del “pueblo” en su memoria:

No se ha equivocado el Pueblo en el concepto de que los extranjeros son nuestros enemigos, son repetidos los exemplares de la mala fe de semejantes hombres y aun prescindiendo de la parte que hubiesen tenido en la sorpresa de la “Esmeralda”, ellos nos han echo y hacen todo el daño posible.

Problemas diplomáticos

El asesinato de marinos extranjeros provocó graves problemas diplomáticos a la metrópoli misma. Así, pues, lejos de favorecer a sus fines, este acontecimiento dejaba al virrey en una situación bastante delicada. En un oficio de Pezuela al comandante de la fragata americana «Macedonia», este trataba, nuevamente, de justificar la actitud del “pueblo”:

[...] es que tumultuado el Pueblo contra los Extranjeros surtos en Bahía, creyendo haber dado estos, auxilio a los Enemigos, tomó a su cargo vengar la muerte de sus Padres, hermanos, maridos, hijos y relacionados en el primer bote que arribó al Puerto, y fue el de la fragata de los Estados Unidos la “Macedonia” que Vuestra Señoría manda. [...] Un hecho en que la Tropa no tuvo parte⁶.

Como se observa, el virrey niega la intervención de algunos de sus soldados a pesar de que el oficio de Camuñez, antes citado, lo confirma. La omisión oportuna de esta información la realizó para no agravar más lo que ya era un incidente diplomático

5 *El Depositario*, Lima, nº 1, feb. 22 de 1821, p. 4.

6 “Oficio al comandante de la fragata de los Estados Unidos la «Macedonia» haciéndole ver que en el alboroto del Callao no tuvo parte la tropa, y que los gefes cortaron como es notorio” (nov. 14 de 1820). En: De la Barra, 1971: 197-198.

mayúsculo. En un oficio de Pezuela al capitán Antonio Vacaro, aquel muestra su intención de presentar el suceso al comandante de la fragata estadounidense como fruto de una efervescencia popular que el gobierno no pudo prevenir:

[...] es necesario que me remita Vuestra Señoría a la mayor brevedad el sumario instruido acerca del anunciado movimiento popular que produxo la muerte y heridas de varios individuos de la Fragata “Macedonia”, por cuyas diligencias pueda llegarse a la firme persuasión de que tal acaecimiento fue obra de una inesperada efervescencia popular, que no pudo el Gobierno prevenir, y que éste hizo quanto estuvo de su parte para atajar sus estragos [...]. En fin, se hace indispensable que se reúnan todos los justificativos posibles para convencer que no ha habido tal insulto a la Bandera Americana como lo pondera el Capitán Downes, y que los hechos en que se funda hijos de circunstancias imprevistas, no son capaces de legitimar la menor variación de la aptitud pacífica en que se hallan ambos Gobiernos⁷.

Aquellos incidentes podían ser, sin embargo, beneficiosos para los patriotas, como se demuestra en una carta de los patriotas Joaquín Campino y Fernando López Aldana, del 8 de noviembre, al general San Martín:

Este virrey no trata de hacer nada para averiguar ni castigar los excesos del Callao, como debiera, y así esperamos que los comandantes de los buques (Searle y Downes) le pidan una condigna satisfacción, y, de no dársele, le hagan y declaren de hecho la guerra, como debe ser; por insulto hecho a sus naciones. Incidente ha sido éste que, aunque doloroso y triste para la humanidad, puede reportar a la América grandes ventajas, obligando ya a la Inglaterra y a los EE.UU., a que se declaren abiertamente a favorecer nuestra causa (Leguía, 1972: 157).

Las esperanzas de Campino y de López Aldana se vieron parcialmente cristalizadas, algunos años después, con el envío de los cónsules de la Gran Bretaña y de los Estados Unidos, en 1823 y 1824 respectivamente, con lo cual reconocían tácitamente la independencia peruana. Sin embargo, nunca hubo una abierta hostilidad entre el gobierno virreinal peruano y las fuerzas de ambas naciones.

Los autores

¿Quiénes fueron los autores de esta masacre? Muchos autores quisieron negar la participación popular y culpar a los peninsulares. Así pues, según el historiador decimonónico Mariano Felipe Paz-Soldan (1868: 83), estas acciones fueron capitaneadas por el español peninsular Dionisio Bautista, maestro carpintero del Arsenal y un mulato panameño apellidado Espejo, alcalde de cargadores, los que se “llevaron la negra gloria de ser los cabecillas de estos asesinatos” y, según el anónimo autor del *Diario de las cosas notables acaecidas en Lima*, los autores fueron “los españoles bolicheros del Callao que es la gente más soez de España, y muchos del mismo jaez” (R.M., 1971:

⁷ “Oficio al comandante de marina Vacaro” (nov. 23 de 1820). En: De la Barra, 1971: 207, 208.

480). Para Leguía (1972: 156), en cambio, la turba incluía:

Soldados de la dotación de los castillos; marineros e individuos de tropa de la guarnición de la “Esmeralda”, escapados a nado de la catástrofe de la víspera; gente de mar de los bergantines y buques de comercio, pulperos de la población; peones de la maestranza; e individuos de las milicias y de los gremio marítimos (playeros, fleteros, etc.) –todos españoles– brutalmente azuzados por sus superiores, o espontáneamente impelidos por el odio y el resentimiento, lanzáronse sobre los americanos, a los gritos de “Ahí están los gringos! los amigos de Cochrane! los protectores del enemigo! a matarlos! a matarlos!.

Sin embargo, por lo que se puede observar, la turba se componía tanto de americanos y peninsulares como de militares y civiles de todas las profesiones relacionadas con el mar, mujeres incluso, conformando un curioso grupo tanto de comerciantes europeos como de peones chalacos participando de los asesinatos.

El impacto de la masacre en Lima

El propio Paz-Soldán (1868: 83), citando a Campino y López Aldana, afirma que se pretendió hacer lo mismo en Lima, donde: “Un inglés fue asesinado en la calle y otros dos estropeados malamente. Todos los extranjeros existentes en Lima se reunieron en una casa la noche del 6, decididos a vender caras sus vidas”. Lo mismo opinó el virrey, lo cual lo llevo a evacuar a todo británico y estadounidense que se encontrara en la capital, pues:

En Lima empezó también el Pueblo a conmoverse contra los Extranjeros, pues no hay quién no esté en la inteligencia de que ellos auxilian de todos modos a nuestros enemigos, y para evitar una desgracia en los q[ue] residían en la Ciudad, que llegaban al N° de 91, [...] les hize avisar a todos por un Ayudante de Plaza p[ar]a q[ue] no saliesen a la calle y se fuesen a bordo por el Puerto de los Chorrillos, como se verificó por el expresado Comandante Downes (Pezuela, 1947: 797).

Es más, considerando perjudicial la implementación de más medidas con el fin de contener al “pueblo”, como solicitaba el comandante Downes, entendía el virrey que de hacerlo empeoraría aún más la situación. Esto queda claro en una comunicación suya fechada el 13 de noviembre en la cual da cuenta del apresamiento de la fragata:

El comandante de la Macedonia, que se hallaba en esta capital retraído en su casa con sus oficiales y dependientes, solicitó [...] que para su seguridad se fijase un bando o librase otra pública probidencia para contener al pueblo. Esta medida me pareció la más peligrosa, durante el fervor y la agitación en que estaban los ánimos, y que pudiendo ser ocasión para atropellar al gobierno en sus disposiciones, condujese al pueblo de un error a otro y de un attentado a otro más enorme y difícil de remediar.⁸

8 Oficio del ministro de Marina, Francisco de Paula Escudero, al encargado del ministerio del Estado,

Dichas medidas son, sin embargo, algo exageradas. La historia del inglés asesinado en la capital bien parece ser un rumor, pues no se realizó ninguna reclamación sobre este al gobierno virreinal y no es mencionado en otra fuente, por lo cual no hay pruebas de que la plebe limeña se encontrara conmovida contra los extranjeros que ayudaron al intrépido Cochrane en su audaz captura. La indiferencia y la expectativa fueron, más bien, las actitudes de las clases populares limeñas en esta primera etapa de abierto separatismo político.

¿Plebe chalaca fidelista?

Según los testimonios expuestos en este artículo podemos inferir, a primera vista, que la población del puerto estaba a favor del gobierno virreinal. Dicha opinión fue, también, la de algunos aterrados extranjeros como el oficial naval británico Basil Hall: “La agitación en el Callao, lugar siempre propenso a violentas conmociones populares, se suponía que era tan grande en esta ocasión irritante, que muchos me aconsejaban no excitar el populacho mayor furia mostrándome entre ellos”. Así pues, el marino escocés afirma que, poco después de los hechos: “Llegando al Callao, recorrió las calles al paso de mi caballo. Estaban llenas de gente, en cuyos rostros había un ceño que significaba todo, menos amabilidad o bienvenida” (Hall, 1971: 215).

Sin embargo, un examen más minucioso permite mostrar que la actuación de la plebe chalaca se debió, más que todo, a una causa económica. El marino francés Gabriel Lafond de Lurcy (1971: 102) escribe sobre el Callao: “Esta ciudad, que es muy sucia, está poblada por agentes del comercio de Lima y por un gran número de gentes de color, libres o esclavos, que tienen el oficio de cargadores, calafateros, taberneros, contrabandistas”. En otras palabras, la mayoría de la población chalaca de la época se dedicaba a ocupaciones relacionadas con el comercio marítimo y, al ser éste bloqueado por los independentistas, se granjearon estos el odio de sus habitantes, causando su colaboración en el asesinato de los marineros extranjeros. Esto se evidencia cuando, después de levantado el bloqueo al puerto, el mismo Hall (1971: 253) recuerda: “La gente no tenía ya tiempo para inquietarse, y lejos de mirarnos con odio y desconfianza, nos saludaban como amigos”, mostrando como los chalacos dejaron de lado toda animadversión contra los anglo norteamericanos y colaboraron, relativamente, con la causa patriota, olvidando así la historiografía la existencia de este curioso hecho.

Conclusiones

A lo largo de este trabajo, hemos explorado un capítulo de la historia peruana casi ignorado por la historiografía nacional, cuya naturaleza y alcances han permitido profundizar en las características sociales que adopta la violencia en el contexto de una sociedad estamental en tránsito a la modernidad.

Como puede verse, la actitud de la plebe chalaca en los acontecimientos narrados es más que compleja pero, sobre todo, llena de conflictos y ambigüedades, pues su

insertando carta del virrey del Perú de 13 de noviembre de 1820, en la que da cuenta del apresamiento de la fragata «Esmeralda» en el puerto del Callao. AGI, Estado, 74, nº 61, mar. 23 de 1821; [fs. 4-4v].

participación en la llamada masacre del Callao tuvo como colaboradores a soldados, comerciantes y trabajadores peninsulares. No teniendo, además, constancia de que la mayoría de la población participara en los asesinatos, la actuación de la plebe porteña se habría debido más a una causa económica que a otra de tipo político, o por xenofobia.

En su mayor parte, los chalacos de la época se dedicaban a ocupaciones relacionadas con el comercio portuario y, al ser éste bloqueado por la flota separatista de Cochrane, se habrían ganado estos últimos la animadversión y molestia de los trabajadores de la dársena, que dependían de aquella para su diario sustento. Fue así como parte de la población del puerto culpó de su suerte a la tripulación de los buques extranjeros surtos en la bahía, provocando su participación en los asesinatos, no existiendo suficientes indicios para que pueda considerarse tales hechos como el resultado de un presunto fidelismo de la plebe chalaca en el periodo estudiado.

Referencias

Fuentes primarias

Manuscritos

Archivo General de Indias (AGI)

Estado, 74, nº 61, mar. 23 de 1821.

<http://pares.mcu.es/ParesBusquedas20/catalogo/description/66663?nm>

Periódicos

El Depositario, Lima, nº 1, feb. 22 de 1821.

Impresos

Cochrane, T. (1863). *Memorias de lord Cochrane conde de Dundonald*. Lima: Imprenta de José Masías

De la Barra, F. (comp.) (1971). *Colección documental de la independencia del Perú*, t. VI, Asuntos militares, vol. 3, Juntas de guerra (1820-1821). Lima: Comisión Nacional del Sesquicentenario de la Independencia del Perú.

Hall, B. (1971) [1824]. El Perú en 1821. En Núñez, E. (comp.), *Colección documental de la independencia del Perú*, t. XXVII, Relaciones de viajeros, vol. 1, pp. 199-268. Lima: Comisión Nacional del Sesquicentenario de la Independencia del Perú.

Lafond de Lurcy, G. (1971) [1843]. Remembranzas de Guayaquil (1822), Lima y Arequipa. En Núñez, E. (comp.), *Colección documental de la independencia del Perú*, t. XXVII, Relaciones de viajeros, vol. 2, pp. 83-185. Lima: Comisión Nacional del Sesquicentenario de la Independencia del Perú.

Pezuela J. (1947) *Memoria de Gobierno*. Sevilla. Escuela de Estudios Hispano-Americanos.

R.M. (1971) [1821]. Diario de las cosas notables acaecidas en Lima, con motivo de la llegada del Ejército de la Patria, al mando del General en jefe, Excelentísimo señor don José de San Martín desde el pasado año de 1820. En Denegri Luna, F. (comp.), *Colección documental de la independencia del Perú*, t. XXVI, Memorias, diarios y crónicas, vol. 2, pp. 473-493. Lima: Comisión Nacional del Sesquicentenario de la Independencia del Perú.

Fuentes secundarias

Libros y memorias

- Anna, T. (2003) [1979]. *La caída del gobierno español en el Perú*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.
- Chuhue, R. (2013). Cafés, Ilustración y plebe: una mirada a los espacios públicos y la participación popular en Lima Borbónica. *Revista del Archivo General de la Nación*, 28, 71-109.
- Dellepiane, C. (1931). *Historia Militar del Perú*. Tomo I. Lima: Librería e Imprenta Gil.
- Leguía y Martínez, G. (1972) *Historia de la emancipación del Perú: el Protectorado*. Tomo III. Lima: Comisión Nacional del Sesquicentenario de la Independencia del Perú.
- Paz-Soldán, M.F. (1868). *Historia del Perú independiente. Primer período, 1819-1822*. Lima.